



**YO,  
ADOLESCENTE**  
zabo

lado A

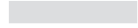
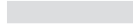
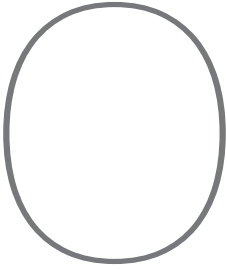
**Yo, adolescente**

ZABO

Lucho está bien. El nombre en la lista de muertos que rotaba en los zócalos de los canales de televisión no era el de nuestro amigo. Fui corriendo y se lo conté a mi vieja. La abracé. Luego la abracé más fuerte.

Era el Lucho de alguien.

Intr



**“Que no me quede quieto  
mientras crezco” <sup>[\*]</sup>**

---

Inquieto  
**Jaime Sin Tierra**



5:49

---

[\*] “Inquieto”, Jaime Sin Tierra, Nicolás Kramer.

“A

dolescente”.

¿Qué es un “adolescente”?

Todos tienen una versión diferente sobre lo que es ser un adolescente. Los adultos en casa, los que aparecen en televisión y esos con los que me toca convivir en la escuela hablan de nosotros como si no estuviésemos ahí, nos describen como monstruos chupasangre que no valoramos absolutamente nada, que no sentimos respeto por ninguna autoridad, que solo pensamos en cogernos todo lo que se mueva y drogarnos con la mierda nueva que esté de moda. Esa es la impresión que me dejan cuando los escucho hablar sobre nosotros: ser adolescente, para ellos, es algo malo.

Los adultos más viejos son más vagos, ni siquiera se puede entablar una conversación con ellos. Nos ven y repiten por lo bajo “esta juventud de hoy...”. Generalmente acompañan la expresión con un suspiro eterno mientras balancean la cabeza mirando el piso como el péndulo de un reloj. Me irrita cuando los escucho. Odio que los adultos puedan decirnos que somos una generación perdida sin que se les mueva un pelo, sin sentir ni un poquito de culpa o de vergüenza.

“*No future*”. Todo adolescente es punk. O al menos todo adolescente debería serlo. Somos la urgencia en carne viva, no pensamos en el mañana. Al menos no en ese mañana que nos inculcaron de chicos y que incluye la casa, el trabajo, la familia, el perro, el auto, etc. Prefiero matarme antes que vivir atado a un futuro prefabricado. La adolescencia viene acompañada de la desesperanza. No hay cosa más punk que la desesperanza.

La mayoría de la gente de mi edad me cae como el orto. Están todos tan concentrados en no pasar desapercibidos que, en vez de enfocarse en encontrar eso que los hace únicos, prefieren tirarle mierda al que ya lo encontró. Al final, Warhol tenía razón: llegamos a ese futuro en donde todos tienen sus quince minutos de fama y nadie quiere soltarlos. A mí no me interesa ese tipo de atención, pero sí me gusta sentarme en primera fila y ver cómo se matan. Fotolog y su concurso de popularidad nos está cagando la cabeza.

Volvamos a la pregunta del principio: “¿Qué es un adolescente?”. Esto es lo que dice la RAE sobre el tema:

**Adolescente.**

(Del lat. *adolescens*, -*entis*).

Adj. Que está en la adolescencia, u. t. c. s.

OK, eso no nos sirve de mucho que digamos. Mejor busquemos en “adolescencia” a ver qué encontramos.

**Adolescencia.**

(Del lat. *adolescencia*).

F. Edad que sucede a la niñez y que transcurre desde la pubertad hasta el completo desarrollo del organismo.

Demasiado técnico. Mejor busco “adolecer”.

**Adolecer.**

(De *dolecer*).

Tr. Ant. Causar dolencia o enfermedad.

Intr. Caer enfermo o padecer alguna enfermedad habitual.

Intr. Tener o padecer algún defecto. *Adolecer DE claustrofobia*.

Prnl. Compadecerse (sentir lástima).

Hace dos años conocí a Pol. Si no me equivoco, en ese entonces él tenía la edad que tengo ahora pero parecía mucho más grande. Fue la noche de mi primer recital en zona sur, Cadena Perpetua tocaba en Pereco's y el hermano de Fran nos llevó hasta allá en tren. En la cola para entrar un chico que vendía parches me dijo: "¡Bien ahí con la remera de Carlitos!", y me regaló un fanzine que se llamaba *Adolece adolescente*. Ese chico era Pol y la remera era de Fun People.

Cuando tomamos el tren de regreso volví a cruzarlo. Se puso a charlar con el hermano de Fran. Escuché que seguía hasta la estación de Flores, nosotros nos bajábamos en Caballito. Quería participar de la conversación que chicos más grandes estaban teniendo así que no tuve mejor idea que hacerme el canchero.

- Adolescente no viene de adolecer.
- ¿La palabra "presidente" de dónde viene?
- Eh...
- De presidir, ¿no?

Me dejó pensando. Fran y el hermano se rieron de que yo fuera tan bruto pero él no, él me miró con ternura. Nunca fui bueno con las reglas ortográficas pero tampoco lo era aceptando que no tenía razón así que llegué a casa, prendí la compu, aproveché que todos dormían para poder usar Internet sin que se quejaran por ocupar el teléfono y encontré toda una explicación etimológica (aprendí esa palabra junto con la búsqueda de ese día) que lo contradecía. Busqué el *mail* al final de su fanzine para marcarle su error. Antes de enviarlo recordé que habían sido Fran y su hermano quienes se habían burlado de mí, él solo estaba tratando de enseñarme algo.

Hola,  
Soy el chico de la remera de Fun People.  
Gracias a vos descubrí que Nekro se llama Carlos.  
Este es mi *mail*. Agregame al MSN si querés.  
Chau.

Quería que me siguiera enseñando cosas. Equivocado o no.



Aprovechemos que tengo el diccionario abierto. En la definición de “adolescer” decía algo sobre “compadecerse”. Busquemos “compadecer” y veamos a dónde nos lleva.

### **Compadecer.**

(Del lat. *compāti*).

Tr. Compartir la desgracia ajena, sentirla, dolerse de ella.

Tr. Sentir lástima o pena por la desgracia o el sufrimiento ajenos. U. t. c. prnl.

*Compadecerse DE alguien.*

Prnl. Dicho de una cosa: venir bien con otra, componerse bien, venir con ella.

Prnl. Conformarse o unirse.

A los adultos les gusta decir que nos sentimos invencibles. Usan un tono que lo hace parecer algo malo. ¡Ojalá me sienta así toda la vida! Prefieren convencernos de que somos cabezas duras para no aceptar que en realidad somos apasionados y comprometidos con lo que nos pasa. Tenemos los sentimientos a flor de piel y eso nos permite apropiarnos de las causas que nos parecen justas. Sí, es probable que también hagamos un mundo de una pelotudez... pero también es probable que esa sea la cantidad de entusiasmo que se necesita para cambiar lo que no nos gusta en lugar de conformarnos con las cosas como están. A los adultos no les vendría mal “adolescentizarse” un poco.

Todos hablan de nosotros. Todos los adultos hablan de nosotros y es fácil para ellos porque lo hacen desde el recuerdo, un recuerdo que pueden manipular para bien o para mal. El otro día una vecina le contaba a mi vieja que recién cuando se separó de su marido se dio cuenta de lo mal que la había pasado en las últimas vacaciones. Y en las penúltimas. Y en las anteriores a esas. Tener una memoria honesta parece una tarea imposible. Los adultos ocultan partes importantes de su adolescencia porque no se parecen ni un poco a lo que se habían prometido ser. Eso debe doler (sobre todo si ya no te sentís invencible).

Más allá de lo que pueda opinar mi vieja, el del noticiero o alguno de mis profesores, ninguno de ellos puede hablar a ciencia cierta acerca de lo que es ser adolescente. No solo porque evidentemente ya se olvida-

ron o eligen negar cómo eran a esta edad, sino porque además les tocó serlo en una época totalmente diferente a la nuestra. Es como discutir sobre el efecto de las drogas con una persona que no consumió ninguna. No se va a llegar a ningún lado.

Cada vez que intento tener una discusión coherente con algún adulto acerca de lo que es ser adolescente hoy en día, al toque sacan a flote el temita de mi edad. Dicen que cuando sea grande voy a entender. ¿Pero por qué no se van un poquito a la mierda? Yo quiero entender ahora. Siempre los escucho decir “ponete en mi lugar”. ¿Y si por una vez el esfuerzo lo hicieran ellos?

A veces creo que los adultos con los que hablo no quieren tocar el tema de su adolescencia porque les tocó vivirla durante la dictadura. Quizás hasta tengan un poco de envidia a tanta libertad. Quizás detrás de ese desprecio a esta etapa de la vida haya un poco de resentimiento. Escuché decir también que no sabemos cuidar la libertad que tenemos y que por eso necesitamos límites. Límites que nos inventan cada vez que intentamos ejercerla.

Cuando tenía diez años escuché a mi vieja comentar con la misma vecina de antes que yo estaba entrando a la preadolescencia. No entendía qué significaba pero me gustaba cómo sonaba, sentía que era algo para presumir adelante de mis amigos, como si se tratara de una especie de título que me volvía superior a ellos, como si fuese un superpoder. Poco tiempo después, mientras aquella vecina lloraba porque su hija salía y nunca le avisaba a dónde, le dijo a mamá que a los dieciséis “es cuando peor se ponen, ahí ya son adolescentes del todo, preparate”.

Le hice caso y me preparé. Siempre quise tener dieciséis. Ni quince ni diecisiete, dieciséis. Llegué al momento ese del que ellas hablaban, aunque opino exactamente lo contrario: esta es la mejor etapa durante el crecimiento de una persona. Fui testigo de la adolescencia del hermano de Fran y sus amigos, los vi volverse mejores. Los vi dejar de aceptar las cosas “porque sí” y salir a ver qué hay detrás, los vi salir a descubrir que nada es como nos lo pintan de chicos. Es el regreso de los mil y un “¿y por qué?”, pero esta vez con dardos más certeros, más incómodos. Comenzamos a cuestionarnos cosas que antes solo aceptábamos porque las decía un adulto. No es “cuando peor nos ponemos”, es cuando dejamos de darles la razón. Y eso les jode. Les jode una bocha.

Esperé mucho tiempo para esto. Estoy decidiendo quién soy, a dónde quiero ir y cómo voy a hacer para llegar. Lo tengo muy analizado. Soy consciente de lo que me pasa, sé que estoy ubicado en un momento que marca un antes y un después en materia de experiencias. Algunas van a ser anécdotas, otras, cicatrices. No pienso esconder ninguna, me niego a manipular mis recuerdos. Pero más que nada: me niego a convertirme en uno de esos adultos que se quedan esperando la oportunidad para hacer las cosas de forma diferente.

Ayer fue mi cumpleaños, nací el 4 de febrero de 1989. Con dieciséis años y un día ya estoy en condiciones de afirmar que los 363 que me quedan por delante me la voy a pasar sufriendo. Arrancó la cuenta regresiva hacia los diecisiete y es en lo único que pienso desde que me desperté, por eso estoy escribiendo. Voy a comenzar a documentar todo lo que pienso, siento y observo para llevar conmigo los recuerdos de este año a través del tiempo. Tengo ganas de relatar con mis propias palabras cómo vive un adolescente el mundo que le tocó. Me niego a esperar a ser grande para entender. Estas van a ser mis memorias, las que voy a leer con nostalgia y melancolía el resto de mi vida y quizás, por qué no, una especie de ensayo acerca de lo que es ser adolescente en el 2005.

En algún punto, escribo para ver si encuentro adolescentes que compartan algunas de mis ideas, adolescentes que puedan usar esto como herramienta cada vez que un adulto intente callarlos, adolescentes como yo que necesitan sentirse acompañados. Aunque debería admitir que el primero que necesita dejar de sentirse solo, soy yo. Pero ojo, no pierdo las esperanzas, soy un chico común y corriente: alguien en alguna parte del mundo tiene que estar pasando por lo mismo.

Nos tratan como prototipos de personas. Se encargan de domesticarnos con estereotipos. Desde la televisión nos quieren hacer creer que ser adolescente es ser superficial, es escaparse por la ventana del cuarto cuando no nos dejan salir. Son los mismos que nos hicieron fantasear con la idea de quedar huérfanos. Están cómodos con su idea de lo que es la adolescencia porque la definición quedó a cargo de ellos. Siempre fue más fácil decir que no nos entienden que hacer el intento.

“No se queje si no se queja”. Me gustó mucho esa frase, la escuché hoy a la tarde en un programa político de cable. Tengo que darle un or-

den y sentido a mis quejas antes de convertirme en uno de esos adultos amargos y resentidos con los que me cruzo a diario. Tengo que llegar a la mayor cantidad de personas posibles, ¿pero cómo? A menos que tenga una vida privada interesante que involucre a gente con una vida privada interesante es muy difícil llegar a la tele. Preferiría estar en la radio, total soñar no cuesta nada. Pero ¿qué gano? ¿Un par de oyentes diciendo “tiene razón el pibe” mientras siguen con lo suyo? Además, la gente como yo no llega ni a la puerta de esos lugares. Me tendré que conformar mandando una carta a un diario o a una revista como esas abuelas con demasiado tiempo libre. Mis seres queridos me dirán que me apoyan solo para hacerme sentir bien aunque ni siquiera hayan leído lo que escribí. Estoy siendo utópico. Aunque siempre digo que calificar a las cosas como utopía es de vago. No sé.

No quiero tirar todo lo que escribí hasta acá. Tampoco siento que esté listo para ser leído. Por ahora, dejo esto guardado como borrador en el blog que me abrí. A veces los 5000 caracteres de Fotolog me quedan cortos. No tengo cámara digital así que me voy a limitar a acompañar lo que escribo con dibujos de niños, como hacía Pol en su fanzine.

Cada vez lleno más y más cuadernos, en especial desde fin de año. Escribir más viene acompañado de hablar menos. Compré una caja con candado para guardar mis registros pero estoy seguro de que tarde o temprano mi vieja en una limpieza no se va a aguantar y la va a hacer mierda con un martillo. Mis textos en la compu están más seguros: papá y mamá apenas saben cómo prenderla y mi hermana tiene la suya.

Los amigos a los que les mostré parte de esos cuadernos dicen que lo que hago está bueno, pero no sé si lo dicen de verdad o solo porque son mis amigos. Las ganas de escribir a veces se mezclan con las de publicar, así que tengo una cuenta de Fotolog anónima. Mucha gente del colegio la lee y me causa gracia escuchar en el patio cómo tiran nombres intentando descubrir quién está detrás de los posteos. Soy el Bruno Díaz de los *losers*.

Es fácil leerme porque escribo como hablo. Nunca intento hacerme el inteligente, básicamente porque no lo soy. Al menos no del modo clásico. De hecho, pertenezco al grupo al que los profesores nunca se cansan de describir como estúpidos o inútiles. ¿Para qué les voy a mentir? Si

todo lo que les conté hasta ahora lo estuviésemos charlando en alguno de los bares de avenida Directorio, en la fuente del Parque Chacabuco o sentados en el cordón de la vereda de mi casa, calcaría cada punto y cada coma del relato. Como digo siempre, no soy escritor: soy un escritor.

No me quiero ir por las ramas. Repasemos: voy a documentar todo lo que me pasa a mí y a mis amigos durante un año, y cuando esté listo para ser leído voy a publicarlo para que la definición de la adolescencia deje de estar en manos de los adultos. Esto que guardo hoy en borradores va a ser el primer capítulo. No, mejor el primer *track*. Tengo más discos escuchados que libros leídos. Quiero que cada texto se llame como un verso de una canción. Este podría ser: “Que no me quede quieto mientras crezco”. Si no escucharon Jaime Sin Tierra, deberían.

Me estoy olvidando lo más básico: hace un montón que estamos hablando y todavía no me presenté. Según mi documento soy Nicolás Martín Zamorano, pero el primer nombre solo lo usa mi familia, al segundo lo odio y el apellido aparece cada vez que algún profesor me llama para retarme por no tener el uniforme puesto o por distraer al resto de la clase. Antes de que lo intenten, les aviso que no, no me gusta que me digan Bam Bam. Ustedes, al igual que todo el mundo, pueden llamarme Zabo (es por una anécdota medio estúpida de la primaria que no tengo ganas de contarles ahora, quizás lo haga después). Vivo en Parque Chacabuco, o como a mí me gusta llamarlo: Parque Chacabuco City Rockers. Aprendí algunas cosas sobre cómo contar historias de manera entretenida gracias a Manrique, el borracho del barrio. Por el lado estudiantil, estoy tratando de pasar a cuarto año dentro de un colegio industrial. Nada más alejado de la música y el arte, como imaginarán. Después seguro les hablaré sobre cómo terminé ahí. Tenemos tiempo para seguir descubriendo mi propio asteroide B-612, por ahora dediquémonos a disfrutar lo que queda de vacaciones.

Para resumir: este es el diario de mis dieciséis años, en estas hojas quiero plasmar cómo vivo, cómo siento, cómo pienso, qué elijo, anécdotas y tragedias. Con esto quiero demostrar que sí, que los adolescentes exageramos lo que sentimos pero que eso no importa. ¿por qué?, porque sentir importa, y si sentir significa que estamos vivos, entonces sentir en demasía no puede ser algo malo.

Mientras mi viejo me grita desde el *living* que me despegue de la bendita computadora y que me ponga a hacer algo productivo, yo comienzo esto, lo que para mí es lo más productivo que voy a hacer en mi vida. Porque cuando me toque ser adulto voy a tener un recuerdo de que no siempre fui como ellos, voy a tener un recuerdo de eso que los grandes ya se olvidaron: qué es ser adolescente.

Yo, adolescente (creo que así se debería llamar el blog).

LADO A

## Memorias de mis 16

---

Trac

0:05

---



K O 1

**“Escuchá siempre la música  
que está en tu corazón” [\*]**

---

La vida  
Árbol



— 2:30

---

[\*] “La vida”, Árbol, Eduardo Schmidt.

Y

o sé que dije que esto iba a ser sobre mis dieciséis años, pero estaría incompleto si no voy un poco para atrás. Lo que pasó cambió la forma de llevarme con muchos de mis amigos y la posibilidad de seguir entrando a los lugares a los que iba. Hay un profesor de Historia que me cae muy bien, debe ser el único adulto que escucho en el colegio. Él siempre repite una frase que dice: “Quien no conoce su historia está condenado a repetir sus errores” (o algo parecido a eso). Igual, no sé si esto cuenta como un error: fue una consecuencia. Una consecuencia de muchos errores juntos.

Si no lo notaste todavía: voy a dejar de escribir como si hubiese un montón de gente leyendo. Te hablo directamente a vos, “persona que está del otro lado”. A partir de ahora, seas quien seas, sos mi cómplice en todo lo que pueda llegar a pasarme. Si caigo yo, vos caés conmigo. Tu compromiso va a ser prestarme la misma atención que le prestarías a tu mejor amigo porque vos vas a ser el mío. Además, necesito alguien que me defienda cuando me empiecen a bardear y confundan mis memorias con un diario íntimo.

Creo que además del blog voy a crear un fanzine para repartir a la salida de los recitales, como si fuera un volantero al que se olvidaron

de anotar en la lista para entrar o uno de esos que piden guita en la cola para pagar la entrada y terminan usándola para comprar un vino y escuchar el *show* desde afuera. Me voy a tener que acostumbrar, ese es mi nuevo lugar en los recitales. El lugar que nos dan a los menores. “La ñata contra el vidrio”.

Era chiquito, no sé cuántos años tenía. Mi viejo estaba tarareando en un inglés inventado un tema de los Beatles que sonaba por la radio mientras fingía que podía arreglar la heladera. A mi papá le encanta hacer el intento antes de llamar a la persona que va a terminar arreglando las cosas. En ese momento creí que lo hacía para ahorrarse la guita, pero ahora de más grande entiendo que le gusta sentirse útil. Papá es bueno con las manos, con lo que necesita fuerza. La palabra nunca fue lo suyo; es un misterio de dónde saqué esta capacidad para expresarme. Expresarme por escrito, claro. En persona soy igual a él, no se me cae un sentimiento.

—¿Qué dice la letra, papi?

—Qué sé yo.

—¿Y entonces por qué la cantás?

—Porque la siento.

“La música se siente, no se escucha, Niqui”. Creo que es lo más profundo que le escuché decir a mi viejo en dieciséis años. Fue hace tanto que *Verano del 98* se estaba transmitiendo en el verano que le correspondía por su título. Tampoco es que le di muchas oportunidades para que sacara a pasear su profundidad. Con papá tenemos charlas de vecinos que se encuentran en el ascensor. Somos así, no sé por qué. Es muy incómodo cuando intentamos saber más sobre el otro porque no hablamos el mismo idioma.

Mucho antes de esa charla, yo ya había sentido la música. Mamá estaba mirando en la tele un especial con todos los videoclips de Michael Jackson mientras yo jugaba en el piso con mis muñecos. Sus movimientos me llamaron la atención, me explotaron la cabeza. Como tenía cuatro años, no lo vi como a un músico, lo vi como a un superhéroe. Mi vieja dice que me brillaban los ojos, que quedé embobado y pegado a la pan-

talla. Al día siguiente convenció a papá de comprar un equipo de música. El primer CD que sonó ahí fue *Thriller*.

Nunca me pregunté qué decían las canciones de Michael, estaba más preocupado por aprender sus pasos de baile. En aquella época tenías que sentarte a ver horas y horas de canales de música hasta que enganabas el videoclip que necesitabas grabar. Cuando estaba en el colegio, mamá hacía guardia por mí. Lo primero que le preguntaba apenas pasaba a buscarme era si había logrado grabar alguno. Ella me hacía un informe detallado mientras caminábamos hasta casa. Gracias a esa colección de VHS pude aprender todas las coreografías. Todas menos “Thriller”, me daba tanto cagazo que ni siquiera podía ver la parte en la que Michael todavía no está convertido en monstruo. Con el tiempo colgué los guantes de mi promisorio carrera de bailarín. En realidad, “el” guante. Un guante con lentejuelas que mi vieja había hecho con mucho amor y que seguro todavía debe tener guardado en alguna parte de la casa.

La música se siente. Creo que el primer gran cambio de las personas, el que las ayuda a formar su personalidad y su actitud frente al mundo, empieza a nacer cuando dejan de escuchar lo que siempre sonó en sus casas o lo que les impusieron desde las radios y los canales de televisión. Con el correr de los años cada uno empieza a construir su criterio musical y a elegir entre estilos y artistas. Buscamos letras que nos hagan sentir identificados y géneros que se acoplen al sentimiento que nos invade en ese momento. La música siempre está, la música no te traiciona.

A papá no le da curiosidad la música, habla de ella como algo que disfrutó mucho en el pasado, canta los temas que recuerda de su juventud. Le encanta silbar, eso sí. A mí no me sale. Mamá, por otro lado, vive cantando chacareras y zambas, ella es de Tucumán. A veces mete algún tango en su repertorio mientras hace las cosas de la casa. Se vuelve loca cuando en la tele están dando alguna película de Palito Ortega o Sandro, sus dos ídolos de la juventud. Creo que mi vieja podría haber terminado siendo artista, pero le tocó tener que salir a trabajar de muy chica. A mamá le brillan los ojos cuando habla de las canciones que fueron importantes para ella, el recuerdo la transporta a un lugar, a un día en particular. A un sentimiento. La música se siente.

Mi primera educación musical estuvo a cargo de mi hermana. Por suerte, le quitaron la tenencia bastante rápido. De toda la mierda ge-

nérica que escuchó en su vida solo puedo rescatar *¿Dónde están los ladrones?* porque es como un *Jagged Little Pill* en español. Pero si no fuera por Fran y su hermano, yo todavía estaría escuchando Backstreet Boys. Fueron muchos años de consumir lo que MTV, The box y MuchMusic me ofrecieran... hasta que apareció él. Mi ídolo.

Estaba en lo de Fran merendando después del colegio. Él sí tenía un hermano mayor que lo educaba musicalmente, llegó a escuchar todas mis bandas favoritas antes que yo. Ellos dos son los que te conté que estaban conmigo el día que conocí a Pol. Somos vecinos, nuestras mamás se conocieron estando embarazadas en el almacén del barrio. Él nació dos días después que yo y le gusta decir que por eso siempre me lleva la ventaja en todo. Es mi mejor amigo de Parque Chacabuco City Rockers. Él y Agustín, pero con el segundo ya no me hablo tanto, después te contaré por qué, no me quiero ir por las ramas de nuevo.

Mis viejos y los de Fran habían logrado un trabajo espectacular escondiendo lo que pasaba en nuestras casas antes del 2001. Teníamos once años, por eso ir al "Club del trueque" que se hacía en el sótano de la iglesia Santa Isabel para nosotros era un juego. Recolectábamos cualquier porquería que hubiera en casa y la cambiábamos por discos. Fran llevaba la ropa del hermano que él no quería heredar. Yo llevaba los libros que mi tía nos había regalado después de que se los dieran como indemnización cuando de un día para el otro cerró la editorial donde trabajaba. Mamá odiaba que me deshiciera de los libros porque decía que leer era importante, yo le contestaba que si era tan importante por qué seguían en el mismo lugar desde que habían llegado sin que nadie los leyera. Creo que en esa época fue cuando me dijo por primera vez: "Nicolás Martín Zamorano, yo te di la vida, yo te la puedo sacar". Es mi reto favorito, no puedo evitar reírme aunque lo diga muy enojada.

Nos encantaba ir al trueque. Nuestro intercambio más inteligente llegó el día que juntamos nuestras colecciones de enciclopedias y las cambiamos por una versión original del Encarta; nuestras mamás nos querían matar pero ahorramos espacio en nuestros cuartos. Con el correr de los meses, Fran y yo empezamos a entender qué cosas servían para llevar y cuáles no se las íbamos a poder encajar a nadie. Cada vez iba más y más gente a la iglesia. Se había armado una especie de comunidad, pero la rompieron cuando inventaron su propia moneda. Un día

dejó de funcionar el intercambio directo de objetos y se empezó a poner precio a lo que cada uno llevaba. Se inventaron los billetes del trueque y las cosas comenzaron a tener un valor más preciso: nadie quería gastar su falso dinero en libros cuando necesitaba hacerlo en comida.

Tuvimos que empezar a llevar al trueque cosas que tuvieran verdadero valor para nosotros. En mi caso, fueron los muñecos. Los caros, los originales. Los llevaba a escondidas de mis viejos. Si me llegaban a ver entregando eso, se les hubiera roto el corazón: a cada uno lo habían comprado con mucho esfuerzo. Me arrepiento de haberlos entregado, pero como te dije antes, nuestros viejos nos habían escondido muy bien que éramos pobres. No conocía su verdadero valor.

Había un espacio que le decían “el minitruque”; era donde estábamos todos los hijos de los feriantes a los que no nos podían dejar en casa. Ahí tirábamos nuestras cosas y hacíamos intercambios. Una tarde vino un chabón muy simpático y generoso que nos empezó a ofrecer más billetes de los que pedíamos por nuestros juguetes. Se llevó mi caballero dorado de Libra, justo uno rejodido de conseguir y que encima tenía un millón de piezas. Se lo tuve que poner en una bolsa de nailon porque mi viejo me había tirado la caja sin querer. Me costaba desprenderme de ese muñeco en particular, pero al mismo tiempo sentía que había ganado: con esos billetes me alcanzaba para varios discos truchos. Para esa altura, volver con uno solo ya era bastante difícil.

Fui hasta la mesa donde tenía sus cosas el Pipa (un *hippie*, pero de esos que sí me caen bien). Le mostré orgulloso mis billetes y él con mucha tristeza me dijo: “Estos son de los truchos, enano”. Me explicó cómo reconocerlos mientras yo masticaba bronca con la mirada perdida. Tuve que contener las ganas de llorar. Era la segunda vez que me estafaban en mi vida. La primera había sido con la visita de los Power Rangers al colegio: tenían el casco hecho de telgopor y ténpera. Lo descubrí cuando mi vieja me obligó a acercarme a darles un beso y me quedó gusto a plástico pintado en la boca.

No le conté a Fran, me daba vergüenza. Me senté detrás de la mesa donde mi vieja tenía puestos los productos de Avon y unas manualidades que había aprendido a hacer en el poco tiempo libre que le quedaba entre atender nuestra casa y la de otros. Estaba muy enojado. La cabeza me vibraba por la violencia con la que estaba apretando los dientes. Se

ve que mi cara de orto era muy evidente desde todo el salón porque el Pipa mandó a su hijo, Nando, a buscarme.

—Elegí cinco.

Le di los billetes y él los rompió para que dejaran de circular. Me parecía injusto no darle nada así que saqué los libros que me quedaban de la revista *Genios* de la mochila; no se los había podido encajar a nadie porque todos los hijos de los feriantes los estábamos ofreciendo.

—Nando, ya tiene esos libros.

—Ya sé, te estoy dando la mochila.

El Pipa se rio. Se negó a aceptarla y me apuró a elegir antes de que se arrepintiera. Los primeros cuatro discos los agarré rápido. No había escuchado The Offspring, ni Green Day, ni The Ramones, mucho menos The Clash, pero sí conocía a todas esas bandas de nombre por el hermano de Fran. Yo quería que me empezara a gustar lo que le gustaba a él, seguir su ejemplo, porque si seguía el de mi hermana, iba a terminar siendo fanático de Arjona.

Después de agarrar esos cuatro discos con mucha seguridad me puse a fingir que dudaba de cuál otro llevarme. Pasaba mis dedos entre todas esas bolsitas de nailon con discos Teltron verdes y tapas fotocopiadas, pero yo sabía cuál quería llevarme desde el momento en que me había acercado a la mesa. Era tan obvio que hasta el Pipa se había dado cuenta de cómo lo miraba de reojo. Él lo agarró, lo metió en el medio de la pila con el resto y me dijo:

—Si te joden, decí que es de tu hermana.

Había cosas para las que tener una hermana era bastante útil. Como cuando me preguntaban por qué sabía tanto sobre *Chiquititas* o *Sailor Moon* y yo contestaba que ella miraba esos programas mientras merendábamos. En algunas cosas sí la había dejado educarme. Ese día volví contento a casa con el primer disco de Bandana en la mochila.

Al final me volví a ir por las ramas. Volvamos a la merienda en la casa de Fran. Estábamos haciendo *zapping*. Cuando pasé por MTV se volvió loco y me arrancó el control remoto de las manos. Le aumentó muchísimo el volumen. Decía que ese video ya no lo pasaban más, que solo lo

había encontrado una vez por la mitad. Me hizo acordar a mí en la época de mi enamoramiento de Michael Jackson. Su entusiasmo era contagioso. ¿El video? “Smells Like a Teen Spirit” de Nirvana. Me explotó la cabeza. Otra vez estaba mirando la tele embobado y con los ojos brillosos. Kurt Cobain iba a ser mi nuevo superhéroe.

Iba a una primaria de doble jornada, así que cuando quería comprarme un disco original tenía que ahorrarme la plata de los almuerzos. Tardé casi un mes en juntar una cantidad de guita decente para ir a la disquería que está frente al parque y preguntarle al dueño si tenía algo de Nirvana. Sacó *Nevermind*, el *MTV Unplugged* y una versión importada de *In Utero* que no llegaba a pagar de ninguna manera. Le pedí que me recomendara cuál llevarme y me dijo que a él le gustaba más el *Unplugged* pero que si era lo primero que iba a escuchar, mejor arrancar por *Nevermind*.

Casi me pisan cuando crucé la avenida que me separaba del parque, estaba tan concentrado intentando sacarle el plástico que ni miré si venían autos. Por suerte mi árbol favorito estaba vacío y me pude acomodar en la rama más baja (es hasta donde el vértigo me permite). Saqué el *discman* que le había robado a mi hermana y le di *play*. Apenas empezó “Smells Like a Teen Spirit” solo pude pensar en las zapatillas Converse negras del video. Yo quería las mismas. Las que usaba el hermano de Fran.

Cuando era chico le pedí a mi vieja que me anotara en inglés para poder entender las canciones de Michael Jackson. No sirvió de nada porque soy muy distraído, ya me viste irme por las ramas. Hablo muy mal inglés. Mi viejo me gasta porque cuando me escucha cantar algo no suena muy diferente a como sonaba él cuando lo encontré inventando un idioma nuevo con aquella canción de los Beatles. Pero bueno, no importa: la música se siente.

*“I’m so happy ‘cause today i’ve found my friends  
They’re in my head  
I’m so ugly, but that’s okay, ‘cause so are you,  
We’ve broken our mirrors”<sup>1</sup>*

---

1. “Lithium”, Nirvana, Kurt Cobain.



Era mi canción. Estaba seguro de eso. Lo sabía antes de entender qué decía. Antes de volver a casa, conectarme a Internet y buscar la traducción. Desde ese día supe que Nirvana iba a ser el *soundtrack* de mi adolescencia. Y no me equivoqué.

Fran y yo nos convertimos en devoradores de discos. Él nunca se fanatizaba con las bandas, pero yo sí; tenía períodos donde me volvía un enfermito. Aprendí a tocar la guitarra y hasta me dejé el pelo largo como Kurt. El Parque Rivadavia se volvió nuestro nuevo lugar, nos la pasábamos hablando con los puesteros que vendían discos. Todavía lo hacemos. Mi favorito es Fermín. Si buscás alguna rareza, seguro él la tiene. Cuando me ve venir siempre dice: “Llegó Nirvanita”.

Los amigos que hicimos en ese parque son los que me hicieron escuchar Sex Pistols y Dead Kennedys. Me convirtieron en un punk de mentiritas como todos los que llegamos después de los setenta. Fran siempre iba un paso delante de mí porque su hermano lo hacía escuchar Cadena Perpetua, Eterna Inocencia, Sin Ley, Flema, Fun People, El Otro Yo. Me tomó mi tiempo llegar al *under* nacional porque nuestro consumo se terminó convirtiendo en una competencia. Fran me decía:

—¿Sabés toda la música que te falta para empezar a escuchar lo que estoy escuchando yo ahora?

Odiaba que se hiciera el canchero. Solo había tenido la suerte de tener un hermano mayor que le diera todo servido en bandeja, mientras que yo tenía que salir a buscarlo. Tuve que empezar a robarle los discos que no me prestaba para hacer copias a escondidas. Nunca se lo conté, así que no le digas nada.

El hermano de Fran es el que nos llevaba a los recitales. Los amigos le decían “la niñera”, pero para mí era “el maestro”. Si yo lo extraño mucho, imagínense lo que lo extraña Fran. Hace un año murió el papá de un paro cardíaco; Joaquín se fue a vivir con la novia a La Plata, no soportaba estar en esa casa sin que el viejo lo estuviera cagando a pedos o preguntándole cuándo iba a conseguir un laburo de verdad. Aparentemente lo consiguió, dice que trabaja en una fábrica pero que los horarios son raros y que vive cansado, que por eso no los visita seguido. Fran cree que empezó a vender falopa porque la novia era una turbia.

# Track01

2:30

---

Tengo sueño, estoy escribiendo hace horas y todavía no llegué al punto de lo que quería contarte. Perdón si te aburrí, pero cuando empiezo a hablar de música, no puedo parar. Igual todo esto que te hice leer no fue al pedo, necesitaba que conocieras mi relación con la música y con Fran para poder pasar a contarte sobre el recital en el que estuvimos la noche de la tragedia de Cromañón.